

Mi Gloriosa
y yo



Lola Abril

Mi Karma y yo
Lola Abril

Título: Mi Karma y yo

Lola Abril

©Todos los derechos reservados

1ªEdición: Octubre, 2018

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

CAPÍTULO 1

¡No me lo creo! Otra vez...

Siempre repetía la misma frase al llegar a mi lugar de trabajo, no fallaba.

Al comenzar la semana siempre tenía el mismo pensamiento: “Daniela, sonríe, va a ir bien la semana, no tengas dudas”.

Y lo intentaba, con todas mis fuerzas. Madrugaba, me daba un baño relajante y me preparaba tranquilamente. Usaba uniforme, pantalón, camisa y los zapatos, todo de color negro.

La pastelería era de diseño, todo colocado impecablemente, como yo, que parecía que iba a trabajar en una boutique, pero me encantaba arreglarme y estar a la altura de las circunstancias.

Como decía, que desvarió rápido....

Mi melena rizada siempre iba recogida con un roete grande, el maquillaje lo utilizaba natural, resaltando el color de mis ojos que eran grises y la buena piel que había heredado, daba a mi rostro un perfecto brillo y sobriedad.

Al llegar a la cocina ya tenía mi desayuno colocado en la mesa, como si tuviera ocho años, mi padre no entendía que a los treinta ya podía más que hacérmelo solita, pero él se empeñaba en preparar las tostadas, café y zumos, era feliz así, no se le podía cambiar.

Lo único con lo que lidiaba conmigo era con la fruta, él se empañaba que yo la comiera, pero me negaba, ni hablar de ello, no podía, lo había intentado de mil maneras.

—Estás preciosa como siempre. Buenos días, mi vida... —dijo mi padre mientras yo lo abrazaba tocando su calva.

Sin dudas, era mi calvo favorito. Desde pequeña tenía la fiel costumbre de besar y acariciar su calva me daba una sensación muy entrañable.

—A comenzar la semana, no queda otra.

—Pero siempre puede ser diferente ¡arriba los ánimos!

—Ya... —me mentí a mí misma, a sabiendas que todos los lunes eran un quebradero de cabeza que duraba varios días y cuando me daba cuenta era

viernes y en nada lunes de nuevo y vuelta a empezar —Papá, no me voy a comer el kiwi, no te vuelvas a empeñar en pelarlo.

—Deberías de echarle ganas, la fruta es sanísimo.

—¿Dónde esta mama? —pregunté evitando su comentario.

—Como todos lunes...

—Es verdad ¡en el médico! —puse mis manos en la cara, recordándolo...

—Como siempre...

No sentamos a desayunar, a mis veintiocho años no había perdido esa costumbre, mis padres eran mayores y yo era feliz viviendo con ellos, a pesar de tener un trabajo estable y poder independizarme, pero no, prefería seguir en aquella casa donde me sentía comprendida y muy amada.

A pesar de ser pastelera ¡era un desastre en la cocina! No valía ni para freír papas con huevos... Eso era uno de los motivos principales para que no me independizara.

Mis padres ya estaban jubilados, me tuvieron muy tarde, les costó la vida conseguir el embarazo y una vez que pudieron, ya no volvieron a conseguirlo más, así que solo se quedaron conmigo, la niña de sus ojos.

Para mí había sido perfecto, así no tenía que aguantar un hermano menor y comerme las consecuencias, aunque, por otro lado, me hubiera gustado tener uno, poderle contar las cosas, pero ese lugar lo ocupó Sergio, mi mejor amiga, una loca encerrada en el cuerpo de un hombre.

Me llevaba genial con ella, sí con Sergio, pero no le podía hablar en masculino porque me montaba un drama.

—Tienes que tomar el zumo, Daniela.

El pobre de mi padre siempre ejerciendo como tal, tenía el rol de cuidarme como si aun fuera una niña, me producía mucha ternura, pero a veces me sacaba de mis casillas.

—No quiero la fruta —protesté.

—No me hagas dártela... Es un zumo, así que bébetelo.

Lo hice, no quería darle la mañana, montaría un drama en su cabeza y lo pasaría mal, por un zumo, pero él era así.

Lo mismo que mi madre con sus cosas...

Una gran madre, cocinera, mujer, persona, lo tenía todo, pero se creaba unas paranoias bestiales, llegaba el domingo y ya se sentía mal por algo y el lunes terminaba visitando al santo y paciente de su médico, el cual verla ahí cada semana debía de ser como el pan nuestro de cada día.

—Hoy no creo que venga a comer —dije despidiéndome de mi padre.

—Se te nota el mal humor del lunes hija, debes vencer eso...

—Me compraré una espada para la batalla —bromeé.

—Tienes que verlo de otro color, de otra forma, hija.

—Ya, pero son muchos meses con la misma película de los problemas del lunes, no soy yo, es la vida que se empeña en fastidiarme.

—A ver hija, con la actitud que vayas será con la que recibas las cosas, así que deja la negatividad a un lado y ponte positiva.

—Tienes razón —siempre decía lo mismo para que no siguiera con el sermón de todos los lunes, ese que si le seguía terminaba en debate. —Eres un sol —lo abracé.

—Mi vida, tu sí que lo eres.

Al salir a la calle resoplé, había que empezar la semana y para mi era un calvario, un gran calvario, era como si el karma me estuviera esperando a la vuelta de la esquina.

Iba en el metro, rezaba por que este día fuera diferente a todos los anteriores comienzos de semana, así que mientras miraba por la ventanilla se lo pedía al universo, siempre lo hacía cuando iba en el transporte público que era la mejor manera de moverse por Madrid, mi coche escarabajo era práctico, pero para llegar al centro, cualquier vehículo se volvía una pesadilla.

Aunque la gente me retaba, pensaban que al ser un coche pequeño era fácil de aparcar ¡Los cojones! Ahí en el centro no cabía ni un alfiler.

Por eso no me complicaba, transporte público y todo mucho más fácil.

Estaba llegando a mi destino, sin altercados, sin sobresaltos, sin llamadas de la pastelería, estaba saliendo todo perfecto.

Pero no, el karma me esperaba al bajar del metro, tacón metido en boquete y caída ridícula.

¡Mierda!

La farola a la que me había agarrado había sido un regalo del cielo, evitó que tocara el suelo fuertemente y mis reflejos también ayudaron, así que me incorporé como pude y luché por sacar el tacón de aquella rejilla que tan perramente estaba en el suelo.

No había forma de sacar el tacón ¡maldita sea! Me estaba empezando a sofocar y no era bueno, no para ser lunes y empezar de esta manera tan trágica y humillante, pero el tacón se resistía y me estaba sacando los nervios.

Resoplé enfadada, muy enfadada, mirando al tacón y deseando sacarlo para después lanzarlo de rabia lejos, sentía impotencia, pero no había forma, se estaba riendo de mí el puñetero zapato.

Un chico se agachó y tocó mi pie, casi me muero del susto.

Joder, ahora este, intentándome ayudar, pero yo estaba de tan mal humor que no sabía si agradecersele o estampárselo en la cabeza si salía.

Consiguió liberarlo, por supuesto que, sin tacón, ese se quedó ahí fijo en la rejilla, para mi cara de asombro.

—Toma —dijo dándome el resto de zapato.

—Gracias —en el fondo quería matarlo ¿Y si era el culpable de la rotura? Lo mismo yo, hubiera conseguido con más sutileza sacarlo sin hacer semejante destrozo, pero me aguanté, no iba a formar otro numerito de más, ya tenía suficiente por hoy ¿O no? Ya se vería. El Karma me tenía fichada.

—No había otra forma de sacarlo —dijo disculpándose el semejante bombón.

Era un espectáculo de hombre, mulato de ojos negros, con un rostro y una tez que hacia desfallecer y un cuerpo digno de cualquier profesional de elite.

Deja de pensar se dará cuenta.

—No te preocupes —dije de aquella manera para subsanar mis pensamientos tan calientes que aparecían por mi mente.

—Le deseo un feliz y menos accidentado día —dijo marchándose el puñetero mulato.

Estúpido aparte de bombón. El puto Karma, me ponía en mi camino esas personas y hechos. Imbécil, creído, seguro que infiel y un montón de cosas más que se me pasaban en esos momentos por mi cabeza.

Me dediqué a salir con normales, que no resaltaran, era lo mejor y los que menos problemas daban.

Pero para mi desgracia, el último feo con el que estuve, además de feo, me fue infiel ¡para matarlo! ¿Comprendéis lo de mi karma?

Siempre pensé que lo mío definitivamente era un problema, sí, eso ya no me lo podía quitar de mi cabeza.

Decidí sacar a los hombres de mi vida, o meterme a lesbiana, monja, puta, o cualquier otra cosa, menos una relación, en la vida iba a encontrar a ninguno en condiciones.

Seguí caminando a la pata coja, me faltaba el tacón y todos me miraban, yo sonreía irónicamente, tenía ganas de mandar a la mierda a todos los transeúntes que me encontraba por el camino.

Caramelle, el nombre de la pastelería estaba ahí, ya estaría fuera del peligro de la ciudad, pero no, mi karma era muy gracioso, me las jugaba de una manera un poco cabrona, me la tenía sentenciada y no me iba a dejar en paz.

El problema es que no vi la bici, si como digo, cuando me día cuenta cuando había chocado con el barandal que sostenía por una cuerda arriba en el techo un cubo de agua y cayó en mi cabeza, sin más, así, coja y mojada ¿Qué más necesitaba ese día?

En pleno febrero y ahí empapada ¡maldita seas! Grité al karma quitándome el cubo de la cabeza. Los lunes me iba a tener que inventar una excusa como mi madre e ir al medico en vez de al trabajo.

Al quitarlo quedé sorprendida al ver lo que le esperaba a mi vista.

—Tú de nuevo...

Mi cara era la de un asesino en serie.

—¿No serás el culpable de esto? —señalé al cubo.

—No —sonrió, tú me empujaste...

En ese momento miramos arriba, la verdad es que había muy poco borde y un hombre estaba sobre las escaleras que llevaban al cubo cuando estaba arriba, ahora no, estaba revoleado en el suelo tras quitarlo de mi cabeza y ahí se iba a quedar.

—Por poco me matan —dijo el hombre en un tono brusco, enfadado, indignado y molesto.

Encima el ofendido era él, pero la mojada y con un desastre a la vista de todos, era yo.

Cogí aire, quería soltar un montón de cosas por la boca, decir todo lo que pensaba y a la mierda la educación que mis padres se habían preocupado en darme, pero no era para menos, era para estallar, chillar, insultar y un montón de cosas más que se me pasaban en esos momentos por mi cabeza.

—Es lunes...

Sergio estaba ahí mi amiga la más loca y divertida, la que siempre llegaba cuando más la necesitaba, la que se preocupaba de mí como si fuera de su propia sangre.

Mi cara era de total tristeza.

—Cariño mío, vamos a quitar esa ropa, no me pongas esa cara de tristeza.

—Puto Lunes...

—El karma cariño ¿y este quien es? —dijo señalando a mi mulato y me dieron ganas de meterle dos collejas, a mi amiga se le estaban poniendo los ojos como cacerolas mirando descaradamente al bombón, que no era para menos, pero joder...

—Me llamo ... —extendió su mano sin terminar la frase.

—Es mi mala suerte de hoy —le di un manotazo a Sergio para que no lo

tocara y le transmitiera la mala onda.

Al mulato se le quedó una cara de película, estaba digiriendo mi acto tan desmesurado.

—La de la mala suerte creo que eres tú —respondió descaradamente.

—¿¿¿Yo??? Porque soy educada, si no te iba a decir dos cositas que iban a dejarte planchado, que es lo que te mereces —agarré a Sergio y entramos a la pastelería por la puerta de atrás.

—Un placer —dijo en voz alta en tono irónico.

—Por dios, que culo tiene —dijo Sergio mientras el mulato se iba, mirándolo de arriba abajo —pero este es muy macho, no es gay.

—Siempre pensando en lo mismo —negué enfadada con la cabeza y resoplé fuertemente.

—Yo miro por los dos, recuerda que soy tu cupido —dijo mientras ya estábamos dentro y yo cogiendo la ropa de repuesto que tenía en la pastelería.

—No, a mi no me busques pareja, los hombres lejos de mi vida, no quiero ni uno más, ya tuve suficiente —volví a resoplar.

—Pues recuerdo que la cita que te preparé la ultima vez estuvo bastante bien...

—No —lo maté con la mirada —quería que fuera al psicólogo.

—Normal, le tiraste un café a la cabeza...

—Primero me llamó loca, pero que da igual, que no quiero novio, que pases de hacer de celestina que yo soy muy feliz estando sola.

Al abrir la puerta del baño vi a mi amigo, me llamo la atención su cuerpo espectacular, sus ojos azules, era mi compi, amigo y el que había estado a mi lado mientras yo levantaba el negocio, que por cierto me costó mucho, pero lo conseguí.

—¿Dónde estás? —él sabía el porqué de mi pregunta.

—Pues...

—Te recuerdo que es lunes y mira como estoy, con tacón menos y la mañana que llevo, así que respóndeme.

—Llegó un mensaje diciendo que lo dejaba que esto le agotaba.

—¿Le agotaba?

—Sí —afirmó con cara de asombrado.

—Ni que fuera una dictadora.

—Nooo...

Miré a los demás que me escuchaban atentamente y negaban con la cabeza...

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema? —Me estaban entrando tremendas

ganas de ponerme a llorar.

—A ver, aquí el ritmo de trabajo es grande y cuando te enfadas sacas de quicio a mucha gente que no tiene aguante, solo es eso.

—¿Estoy escuchando que es por mi carácter?

—No —apretó los dientes—, no te comprenden ni cuidan esto como lo haces tú...

—Es obvio...

Entré al baño y me cambié, primero tuve que secarme, seguía empapada...

La vida me había costado levantar la pastelería y comprar a mi ex su parte, Sergio fue mi gran apoyo, incluso al principio me ayudaba desinteresadamente.

Pero chico que colocábamos, terminaban dejando el trabajo, no tenían aguante y se iban a la primera de cambio, dejando de venir, sin explicaciones, a lo loco.

Se enfadaban porque yo decía las cosas como me salía del alma en esos momentos, sin tratarlos mal, pero luchando por lo mío y haciéndoles entender como debían de hacer las cosas.

No aguantaba a la gente que eran unos vividores y eso mi carácter no lo perdonaba.

Al abrir la puerta volví a resoplar, tenía que encontrar a otro pastelero, jefe, como le llamábamos.

Todos los lunes lo mismo, ahora a buscar, esperar que se adaptara, explicarle todo, volver a empezar para que luego se pirara como los demás, eso me agotaba mentalmente.

—Tranquila, ponemos el anuncio —dijo Sergio cuando salí del baño.

Me puse a trabajar, tenía que tener listo todos los dulces, aunque faltara uno de personal, nosotros podríamos conseguirlo, mientras se incorporaba el nuevo que apareciera tras el anuncio.

CAPÍTULO 2

Martes de nuevo. Estaba hasta el cogote de lo mismo todos los días, siempre teniendo que luchar contra el destino. Me había despertado con un horrible dolor de cabeza, una mierda. Mi padre ya me había avisado que tenía el desayuno preparado en la cocina. Y el plátano, seguro, o tocaba otra cosa. Ese hombre estaba obsesionado con la fruta. Estaba mimada, para qué negarlo, pero es que era ya demasiado. Y yo adoraba a mi padre, sí, pero a veces era insoportable y me sacaba de mis casillas.

—¿Dormiste mal, Dani? Tienes mala cara.

—Pues la normal de un martes.

—Dani, empieza a sonreírle a la vida. Tienes un negocio, una pastelería. Si tú no eres simpática con los clientes...

—Papá, no empieces ya. Lo hago lo mejor que sé. Y si al delicado cliente no le gusta mi cara, pues que se vaya a otro lado. Qué más me da...

—Así no se puede ir por la vida, Daniela —negó con la cabeza.

—Que no me llames Daniela.

—¿Cómo te llamo entonces? Es tu nombre.

—Daniela... Que no soy vieja. Pues Dani, de gente joven.

—Dani... No me suena bien, parece un nombre de chico.

—No digas tonterías. Es un nombre muy bonito.

—¿Ves? Ya cambia esa cara. Si es que es solo provocarte un poquito y se te cambia.

Me quedé mirándolo y le di un sorbo a mi taza de café. Tuve que sonreír al final. Era insoportable a veces y me sacaba de mis casillas, pero era todo un amor. Y, además, el pobre ya tenía suficiente con soportar a mi madre. Entendía que fuera así, el sentido del humor que usaba lo necesitaba si no quería perder los nervios y la cabeza.

—Papá, ¿dónde está mi madre?

—Durmiendo, dónde va a estar. Con dolor de cabeza.

—¡Qué extraño! —dije irónicamente.

—No te burles de ella, ya sabes que no es muy fuerte.

—No estoy de acuerdo con eso.

—Cariño, siempre pareces estar enfadada con todo, ¿por qué? Es complicado hablar contigo últimamente.

Podía decirle las razones varias de mis enfados a mi padre, pero no sería normal. Entre ellas.

1) Hacía que no follaba... Ya ni me acordaba.

2) Siempre elegí a los peores hombres y así terminaba la cosa.

3) Porque me haría falta horas y horas de sexo, sin que ese hombre perfecto, Ragnar mismo, me dejara levantarme de la cama, solo follar y follar.

4) Porque todo eso sería una fantasía y tenía claro que no iba a hacerse realidad.

5) Porque en el trabajo las cosas no iban bien, no se ganaba suficiente y eso me ponía de muy mala hostia, haciéndome estar de mal humor.

Por resumir algunas de las cosas por las que, según él, estaba de mal humor. Como para no odiar al maldito mundo. Pero claro, eso no se lo podía explicar a mi padre. Se podía llevar las manos a la cabeza y decir: pero ¿qué dices? ¿Qué clase de educación te he dado yo a ti? En fin... también podía decirle el desastre del día anterior, que si el tacón, el empaparme con el cubo de agua que cayó sobre mí y el desastre de negocio que no dio ni para pipas.

Y por si todo eso no fuera suficiente, tenía que contratar a alguien más. Sergio y yo no dábamos abasto, no podíamos estar en todo. Joder, era un desastre. Pero... Ya era martes, quedaba poco para que llegara el fin de semana y poder descansar y olvidar.

A veces me arrepentía de haber montado la pastelería. Tenía que haber hecho lo mismo que hicieron mis amigas del instituto. Ligarme a tíos con dinero y tener la vida solucionada. Y qué más daba si ellos les ponían la cornamenta o no, eso ni me importaría, como a ellas tampoco. Viendo el Ferrari en la puerta, todo eso no tenía importancia.

Pero no, yo no era como ellas. Mi cuerpo era mejor, eso sí, era más simpática y menos tontas que ellas y cuando me daba por arreglarme y levantar esas amigas que Dios me había dado, podía lucir escote y dejar babeando a quien quisiera.

El problema es que nunca supe usar eso y era mejor no hacerlo. Me gustaba un problema más que un dulce. Como me gustaban los hombres, esos dioses griegos por los que cualquiera suspiraría. Pero claro, yo era masoca. Y para ser masoca en eso, que terminé escarmentada, pues lo era con mi negocio y con seguir viviendo aún con mis padres. Qué se le iba a hacer.

Sabía que tenía que cambiar mi vida, pero no iba a ser posible. Yo no era la prota de una novela y el amor no llamaría a mi puerta. Así que parecía ser que las cosas se iban a quedar como estaban.

Pero esa mañana algo era diferente, llegué a la pastelería y Sergio estaba sonriendo y eso no era muy normal.

—Hola, Dani, tenemos un empleado nuevo.

—¿Qué? No me calientes, que no me desperté de buen humor.

—Tú nunca te despiertas de humor. Pero no sé, te gustará, es muy agradable.

—¿Y dónde está?

—Pues dentro, con la masa.

—¿Te quedas conmigo? Yo no he entrevistado a nadie. ¿Y tú ya lo pones a amasar? No puedes hacer las cosas así, Sergio, joder, es que me sacas de mis casillas.

—Joder, Dani. ¿Y qué hago? Llegas tarde y no es fácil encontrar a alguien para que nos ayude aquí.

—Haberme esperado —me estaba enfadando más y más.

—No era la única entrevista de trabajo que tenía. Y joder, no sé, tiene algo especial ese chico, transmite confianza.

—Y tiene un buen culo, ¿no?

—¿Tan mal piensas de mí? Sí, soy una loca, pero sé pensar seriamente cuando lo merece. Y, además, lo bonito de los hombres son los ojos, no estoy siempre pendiente al paquetón.

Lo iba a matar, sin dudarlo. ¿Pero por qué aguantaba a esa loca?

—Te mataré, Sergio. Voy a tener que echarlo del trabajo sin siquiera haberlo entrevistado. Deja de meter la pata, por favor —iba a chillar ya de lo enfadada que estaba.

—Tienes que venir a joderme el día con tu mal humor. Por eso no te lo quise decir. Pero ¿quieres saber por qué la pastelería está cada vez más vacía?

—¿Por qué, listo? —pregunté enfadada.

—Porque dicen que no se fían de comerse nada que haga una loca, a saber de qué rellena los pasteles.

—Me cago en...

—Calla, loca. No se blasfema. Te estoy diciendo lo que se dice por todos lados. Loca, que eres una loca de primera —reiteró.

—¡¡Una mierda para todos!!! ¡¡ Y para ti tres mierdas!!

Una mujer que estaba entrando en ese momento, se dio la vuelta y se fue al escucharme. Yo estaba por golpear algo, Sergio me había sacado de mis casillas.

Era muy bueno, sí, pero desquiciante.

—¿Así que loca? Quitá de en medio. Voy a entrar ahí dentro y a mandar a ese hombre a la mierda también. Puedo encargarme de todo y me da igual si tengo que cerrar el negocio, lo cierro y ya. A cobrar el paro, como hacen todos.

—¿Pero es que no ves que no puedes vivir así?

Pasé y lo empujé y casi lo tiro al suelo. Entré dentro, en la parte del horno y allí estaba ese hombre. Ese mulato que el día anterior había sido mi desgracia. El de la mala suerte. Me iba a poner a gritar y a mandar a ese tío a la mierda también. Joder, con la de gente que había en la ciudad y tenía que ser precisamente él.

Respiré, ni grité ni lo mandé lejos. Estaba que me iba a dar algo, pero joder, también me había excitado al verlo. Y a ver por qué. No sabía qué me estaba pasando, pero ese hombre, con esas manos amasando esa masa... penetrando en la masa con fuerza... Acariciándola para hundir sus dedos en ella. Con delicadeza y firmeza. Joder, me iba a dar algo.

Y él no se había dado cuenta de mi presencia. Estaba bastante concentrado en lo que había. Sudando... Peor para mis sueños húmedos. Dios mío...

Pero eso no fue todo, aún quedó lo peor.

Dejó lo que hacía con la masa y, supongo que, por el calor, empezó a quitarse esa camiseta. Lentamente. Parecía un striptease y era para mí sola. Esa tableta de chocolate me dejó completamente paralizada. Iba a tener un orgasmo allí mismo. Cuando fue a coger su delantal, al girarse, pude ver esa espalda que tenía. Con un enorme tatuaje en ella. Su piel mojada por el sudor, los músculos definidos. Necesitaba un babero. Joder, era un dios griego. ¿Pero qué mierda me estaba pasando? Apreté mis piernas para controlarme, pero no quería perderme detalle de todo eso. ¿Por qué no era yo esa masa con la que empezó a “jugar” de nuevo?

En ese instante notó mi presencia y me miró.

—Perdón... Hola. Echaba de menos amasar y no pude controlarme.

—¿Así que eres tú? —pregunté.

—Pues sí. También te he reconocido. Casualidades de la vida, ¿no?

—Vaya que sí. He llegado tarde y no pude atenderte. Pero parece ser, por lo que veo, que sabes bien lo que haces.

—Sí, y además me gusta. Mi madre me enseñó a hacerlo bien.

—Pues sí... Fue una pena cómo nos conocimos ayer.

—No pasa nada. A veces soy el gafe en persona.

Mientras hablaba conmigo, se notaba que estaba cansado porque le costaba aún hablar por el cansancio del ejercicio. No podéis ni imaginar todo lo que

estaba pasando por mi mente viendo ese movimiento de su pecho.

—Ya te dejé la masa lista —dijo firmemente.

—¿Has trabajado en esto antes? —pregunté con curiosidad.

—Sí, lo hice. Mi madre tenía una panadería hace años y me enseñó todo sobre el negocio. Pero no me dediqué a ello, la vida me llevó por otro camino y siendo joven probé suerte como albañil. Algunas veces ayudaba en la panadería, pero con la crisis... Ya sabes. La panadería embargada y, además, yo sin trabajo como albañil.

—Mierda d crisis —suspiré.

—Sí, mierda de crisis. Pero hay que trabajar en lo que sea, a estas alturas.

Pues de gigoló seguro que le iba bien, pensé para mí misma, porque joder, se lo rifarían.

—No sé si te intereso... —dijo mientras cogía aire y parecía penetrarme... con sus ojos.

Oxu con la penetración. Hasta yo malpensé.

No sabía qué decirle. Se veía que tenía aptitudes y capacidades. Era un chico correcto, muy amable y ese cuerpo se podía llenar de crema para lamer... Tenía que parar, no podía tener esos pensamientos. En realidad, necesitaba ayuda, no podía con el trabajo en el horno yo sola. Y él parecía desenvolverse bien. Pero con una jefa loca y un compañero que era otra loca... Lo acosaría todo el rato, seguro.

—¿Sabes dónde te estás metiendo? —pregunté riendo.

—Necesito dinero... perdona si no te hablo de usted. ¿Cómo te llamas? —se quitó el delantal y se acercó a mí.

—Yo, yo... Dani. Puedes llamarme Dani —estaba tartamudeando.

—Un placer, yo soy Paul

Me dio dos besos, sí, en la mejilla. Y ahí tenía ese cuerpo, delante de mí, desnudo. Y entre nosotros es como si hubiera química. Me lo estaba imaginando, seguro, pero con ese hombre quién no imaginaría semejantes cosas.

—Perdón, voy a vestirme. Es que tenía calor —apretó los labios.

—No pasa nada. No te preocupes, Paul.

Pero él tuvo que darse cuenta porque yo estaba temblando —me había perdido en mis pensamientos, esos sucios que me hacían derretirme por él. Y joder, normal con esos abdominales y esos pectorales. Y ya más abajo... Mejor no mirar.

—Esto... Necesito ir al baño. Después nos vemos.

Y salí nueva del baño. Normal... Ya os lo podéis imaginar. El martes, al

final, se planteaba muy diferente.

CAPÍTULO 3

Me tuve que cambiar el tanga. Sé que soy muy bruta, lo sé, pero ese mulato me había puesto como una moto, por no decir perruna perdida.

Al fin parecía que el Karma se estaba alejando. Se me estaba olvidando la mala suerte, lo tenía ante mí, amasando, sudando, poniéndome con la mente más allá de la cuenta, me estaba ocasionando en mi cuerpo una sensación que hacia mucho que no sentía.

A media mañana estaba Sergio ya harto de hacerse el gracioso, no paraba de lanzarme miradas provocadoras, a la vez que miraba de reojo al mulato.

Una mañana tranquila, un par de clientes mayores y unos niños dando por saco con unas monedas, les advertí de que se fueran y empezaron a burlarse y a decir que vendrían con sus papás, que vinieran, que vinieran, les iba a enseñar la más maléfica de mis sonrisas.

—Uy, que calla estas hija —dijo Sergio con todo repelente.

—No me tires de la lengua, no soy como tu que vas babeando detrás de los físicos.

—Ya, claro, yo que me lo creo, tu cara no dice lo mismo.

—No me busques que me encuentras...

—Me tiene cachondo ese tío —dijo siguiendo.

—Pues a mi no me lo pone, vamos ni de coña —mentí.

—Qué falsa eres, no soy tonto, se te cae la baba hablando con él.

—Calla, no seas más liante...

—Es más, a saber, que hacías en el baño, tardar sí que tardaste más de lo normal.

—¡¡¡Basta ya, Sergio!!! —grite— Tendré que hacer mis necesidades en plan relax —puse los ojos en blanco.

—Estas muy susceptible, no aguantas ni una broma, que mal humor ¡por Dios!

Y no me dejaba, la puñetera niña esta, niño o lo que quiera ser, pero me tenía de los nervios, si no fuera por que lo quisiera tanto, le daba una patada en el culo en estos momentos.

—¿Por qué iba a estar yo susceptible?

—Por ese tentador cuerpo, no sería para menos ¡Digo yo!

—Que Paul es un bombón, lo sé, pero no voy fijándome en esas cosas, muchos menos buscándolas.

—Y yo que te creo...

—No quieras hacer ver lo que no soy.

—¿Qué más da que te guste? Si el fuera gay, me lo hubiera tirado ya...

—¿Qué sabes tú? Lo mismo le gustan los hombres...

—Eso se huele a leguas, a el le van las mujeres, las almejas en remojo.

—Más bruto que un arao eres —negué con la cabeza.

Estábamos en esa conversación tan llena de ironías, cuando entró una señora de unos cincuenta años, con un abrigo que debía de costar una millonada de esos de visón, se le notaba que debía escupir dinero por las orejas, sus joyas y ropa lo anunciaban a distancia.

Paul salió con la bandeja de hojaldres, Sergio y yo nos mirábamos, en el fondo nos deberían de poner un babero a los dos, estábamos a baba suelta.

Sergio me miraba cómplice y yo lo entendía, hasta la señora millonaria se dio cuenta y soltó una de las suyas.

—Vaya mulato guapo ¡Por favor!

—Gracias —Paul sonrió tímidamente.

—¡Qué educado y correcto!

—Gracias —volvió a responder.

No dejaba de mirar a la señora, tenía más operaciones de estética que la Lomana, evité reír con el pensamiento.

—Me llamo Amparo, bombón —dijo descaradamente.

—Encantado, Amparo, me alegra que escojas esta pastelería.

Entre Sergio babeando, la clienta haciéndose la guay e interesante y yo que me comía por dentro, quería que Paul volviera dentro para seguir horneando, en el fondo estaba sintiendo muchos celos ¿Qué carajo me pasaba?

—¿Eres nuevo verdad? —decía la clienta pesada operada hasta la médula.

—Es mi primer día —contestó amablemente.

—Yo si fuera tu jefa, te pondría en el escaparate, seguro que os forrabais.

—Amparo, es todo un halago.

—Es lo que veo de verdad, ponme dos pastelitos —señaló los escogidos.

Paul se lo puso rápidamente, era atento y delicado con la clientela por lo que podía ver, así que Sergio y yo pasamos en esos momentos a ser dos muebles de

decoración de la pastelería.

—Se te ve currado el cuerpo de gimnasio —dijo descaradamente.

—Sí, voy a diario a hacer deporte, me gusta cuidarme.

—Se te nota, se te nota —dijo ladeando la cabeza

—Amparo, me estas sacando los colores...

—¿Puedes enseñarme tu tableta?

—Claro —para mi asombro se levantó la camiseta.

Yo estaba alucinando, al igual que Sergio, pensábamos que Paul se iba a cortar, pero no, no lo hizo, además se notaba que le gustaba seguirle el rollo, no sabía si era para provocarnos celos o lo hacía por que le gustaba que lo agasajaran a piropos.

—Uf, que tabletas...

—Mucho trabajo aquí —se dio unas palmadas en sus abdominales.

—Ni que lo digas. Ponme también dos hojaldres.

—Enseguida...

Eran celos, aunque no lo quisiera admitir estaba sintiendo unos celos terroríficos, o lo que era peor, me podría estar enamorando y no lo quería ver o reconocer.

Me daban ganas sacar por los pelos a la clienta de la pastelería.

Esa tía no paraba de provocarlo, le buscaba la lengua, le hizo enseñarle los bíceps, no le pidió que le enseñara los huevos de milagro, me estaba poniendo de los nervios, lo miraba descarada, haciendo gestos con los labios que parecía que le estaba pidiendo en esos momentos tema que te quema, seguro que era de esas mujeres que pagaba a los prostitutas por sexo.

Hice un movimiento que sin querer di en la mano de Paul y los hojaldres salieron volando hacia la cara de la clienta, Sergio se giró para reír y yo tuve que hacerlo en sus narices.

—¡Estás loca! —exclamó enfadada.

—¿Yo loca? La loca eres tú, váyase a buscar un gigolo a la calle de atrás, hay muchos deseando que le pagues tu pasta por darte alegría al cuerpo, deja a mi empleado.

—Solo quiso ser amable —dijo Paul intentando tranquilizar la situación.

—El culpable eres tu por seguirle el rollo, esto es una pastelería, no un prostíbulo —dije enfadada.

—¿Yo? Sólo quise atenderla bien para que siga viniendo.

—¡¡Entra para adentro!!

La había liado parda, había perdido los nervios ¡putos celos! Sergio intentaba

calmar a Amparo y yo no sabía donde meterme, pero los nervios me habían traicionado.

La clienta se tiró a mis pelos, yo le respondí de la misma forma, Sergio nos intentaba separar, pero no había forma y al final cuando lo consiguió, me di cuenta de que el visón de ella estaba para enterrarlo.

—Mis abogados te van a hundir en los tribunales —dijo saliendo de la pastelería.

—Te acabas de hacer famosa en el barrio —dijo Sergio poniendo los ojos en blanco.

—Me pudo los nervios, no se qué me ha pasado.

—¿No sabes que te ha pasado en serio? La has querido asesinar por ligar con el nuevo empleado, ese que tu misma dices que te da igual ¿ves como no?

Pensé en Paul, lo había humillado, era feo por mi parte, quería entrar a dentro y pedirle perdón, era lo mínimo que podía hacer.

Entré a buscarlo.

—Paul, perdóname. No permitiré más que esto se me vaya de las manos.

—Daniela, yo lo siento, fue culpa mía.

—No digas eso. La única culpable fui yo.

—No te preocupes. Este trabajo está claro que no es para mí.

—No digas eso, eres lo que buscaba, en tan solo unas horas me lo has demostrado.

—Me he sentido muy humillado.

Sergio miraba desde la puerta la situación, era lamentable, sin dudas, jamás me había sentido así.

—De verdad, no volverá a pasar.

—Hasta otra.

En silencio, girándose para irse, no me dijo adiós. Cogió sus cosas y se fue por la puerta.

—Sergio, ve a despedirte.

CAPÍTULO 4

Estaba triste, decaída, ni yo misma sabía cómo estaba. Pero Paul se había marchado de la pastelería y eso me había dejado muy mal. No sabía qué hacer. Me sentía mal. Pasé la tarde anterior llorando sin que nadie me viera, mucho menos Sergio, pero no dejaba de llorar. No solo porque él se hubiera marchado, también porque mi vida era una mierda.

No podía negarlo, mi compañero tampoco era tonto. Se me notaba en la cara que estaba peor de lo normal. Ese hombre se había ido de allí y por mi culpa. Y ese cuerpo... joder, menudo cuerpo para el pecado tenía, pero lo había humillado delante de una clienta y eso no podía consentirse. Y se marchó.

Había decidido darle una oportunidad y contratarlo. Estaba dispuesta a ello, pero la cagué. Déjalo, Dani, que te dispersas, pensé. No pienses en él como cuerpo, no es un objeto sexual, porque le has herido en sus sentimientos. Sí, eso lo sabía.

En fin... Pero no podía evitar excitarme al pensar en él. Ahí, con la masa o cubierto de cremas y yo cerca, o encima de él lamiéndolo. Despacio, muy muy despacio. Joder, para. Mejor volver a la pena, que de eso se trataba mi vida.

La noche anterior ni cené, no tenía hambre, ni hablé con mis padres. Yo llegué a casa, me metí en mi habitación y me puse a escuchar música. No quería pensar ni ver a nadie. Ni verme a mí misma, ni saber sobre mí misma.

Pero el destino, como siempre, tenía que joderme. Porque lo único que escuchaba eran canciones románticas, esas que me hacían llorar aún más hablando de hombres y amores imposibles. Para matarme.

Paul... No sabía qué estaría haciendo en ese momento. Tal vez bailando en algún lugar quitándose despacio esa ropa, dejando su cuerpo desnudo a la vista de esas viejas, como Amparo, quienes lo tocarían y le meterían dinero donde no tenían que tocar después de chillar y decirles mil guarradas. Y yo tenía que olvidar a ese hombre.

En ese momento, mi madre, quien no sabía de educación, entró en mi habitación sin llamar. Joder, me ponía de muy mal humor eso. No me trataba como a una adulta, sino como si aún fuese una adolescente a la que no tenía que

pedirle permiso porque ni siquiera tenía que tener la puerta de su dormitorio abierta. Es que nunca cambiaba....

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó ella con cara de enfado.

—Nada, no me pasa nada, estoy cansada.

—Vamos a cenar.

—No tengo hambre, ya comí algo por ahí —no quería hablar más con ella.

—No me gusta que me hables así, Daniela.

—Pues no me molestes, mamá. Estoy cansada y quiero dormir. Mañana tengo que trabajar, por si no lo recuerdas.

—¿A mí vas a hablarme así? —chilló escandalizada.

—Joder, ¡¡pero déjame!! —grité yo también.

—Está bien. Haz lo que quieras, eres mayor ya. Pero cada día estás más insoportable. Y mientras esté Sergio, solterona te veo, hija.

—Pero ¿a qué viene eso?

—Sergio es gay, todo el mundo lo sabe. ¿Para qué sales con un gay?

—Mamá, es mi amigo y mi compañero de trabajo. No entiendo a qué viene esto, la verdad.

—No me gusta, no me gusta nada ese chico. Necesitas otro tipos de amigos, no gente como él.

—Mamá, ¿por qué no te callas? Es mi amigo, es un gran amigo y persona. ¿Y qué si es gay? ¿Qué tiene que ver? No puedo creerme que seas así...

—Porque me gustaría verte con un chico y siendo madre. Hija, quiero ser abuela.

—Me estoy aguantando de no tirarte el despertador a la cara porque eres mi madre.

—Deja la violencia, Daniela. Solo vine a hacerte una pregunta.

—Ni sobre trabajo ni sobre hombres, mamá.

—No, no es eso. Es que estuve buscando una minifalda y un top tuyos en tus cajones, pero no los encuentro.

¿Pero de qué estaba hablando esa mujer?

—Creo que están en el cajón del ropero. ¿Pero por qué los quieres?

— Solo que dejé espacio en el ropero empotrado y así te quito cosas de aquí, que te hace falta espacio. Voy a buscarlo—dijo decidida y entró.

Y entró de entrar en mi habitación. Abrió mi ropero, el cajón y se puso a buscar, se llevó varias prendas y se fue. No sin antes decirme que debía de cambiar mi forma de actuar, cómo no. La madre hipocondríaca, que dormía todo el día y siempre tenía jaquecas, diciéndome a mí que cambiara mi forma de ser.

Siempre saltaba un cojo.

Aunque en parte tenía razón. Sabía que la tenía y que mi vida era una mierda. El negocio iba mal. Sergio tampoco es que tuviera mucha suerte con su vida, en el amor también le iba de pena, no encontraba a un chico que realmente mereciera la pena. Y yo, para uno que encontraba, aunque fuera como trabajador, con todas las cualidades que cualquiera desearía, lo echo con mi comportamiento idiota.

Otra noche sin dormir. Tenía demasiada ansiedad y me tenía mal. No podía dejar de pensar en Paul y en preguntarme si no me había enamorado de él. Pero eso no podía ser posible. Me excitaba, sí, pero nada más. Como nunca nadie, también, pero que nada más.

Era de madrugada cuando escuché unos pasos. Me levanté y miré al pasillo sin hacer ruido y sorprendentemente, me encontré a mi madre vestida con mi ropa. Tenía que estar soñando, pero no, cuando me pellizqué me di cuenta de que todo era muy real. Mi madre vestida como un putón y saliendo de casa de madrugada. Lo que me faltaba por ver... ¿Tenía una doble vida? Porque mi padre estaba roncando, ese no se había enterado de nada.

Volví a la cama suspirando, tenía que haberla parado y haberle preguntado qué estaba haciendo, pero mi tristeza ni eso me permitía.

Mi alarma sonó horas después y yo seguía sin dormir. Me dolía todo, para no variar. Mi padre ya tenía listo el desayuno. De todo, eso parecía el desayuno de un hotel, qué hombre más exagerado. Y, cómo no, me había quitado el azúcar de en medio para que no engordara, qué considerado...

—No me voy a comer todo eso —le advertí.

—Hija, ¿qué te pasa? Te veo triste —dijo él amablemente.

—Eso no importa, pero no sé para qué me quitas el azúcar y me pones toda esta bollería por delante. No soy un cerdo al que engordar.

—¿Qué pasa? —preguntó de nuevo.

—Nada, la vida. La pastelería... Ya no sé qué más hacer.

—Cerrarla —dijo seriamente.

Tan serio que me asusté, nunca lo vi así. Sus ojos me miraban fijamente y noté en su rostro que estaba preocupado.

—No sé, papá. No sé qué hacer, pero quizás tienes razón.

—Cada vez estás peor, más triste. Sé que pusiste mucha ilusión en el negocio, pero si las cosas no funcionan... A veces es mejor no seguir luchando por ellas.

—Tienes razón, tendré que cerrarlo y buscarme otra cosa, o irme del país

como hacen muchos, porque aquí no es que tengamos muchas oportunidades.

—Lo que tengas que hacer, hija, pero cambia esa cara, por favor.

—Vale. ¿Dónde está mamá?

—Durmiendo. Tu madre está durmiendo —dijo mi padre tranquilamente.

No sabía si era mejor decirle o no. No quería que se entristeciera por saber lo que estaba haciendo mi madre, porque muy normal no era y le estaba mintiendo. Me quedaba la duda de saber adónde iba a esas horas y vestida así porque lo único que se me pasaba por la cabeza... No, ¿cómo iba a prostituirse? No podía ni imaginarme eso.

—Papá, la pasada noche, ¿no notaste nada extraño?

—¿Extraño?

—Sí, no sé, algo extraño. Mientras dormías.

—Pues no. ¿Tenía que notar algo extraño? Sabes que no duermo, caigo en coma y a tu madre le pasa lo mismo.

Ya... Mejor me callaba. Desayuné y me pasé por el dormitorio de mis padres, allí estaba mi madre durmiendo profundamente. Me comía la curiosidad de saber qué estaba pasando con ella. ¿A dónde demonios iba?

Me arregle y pensé en lo que había hablado con mi padre. Pero no podía dejarme caer. Un negocio necesitaba lucha, ¿no? Las cosas no iban siempre bien, pero claro, él también tenía razón, y luchar por luchar...

Me arreglé y salí, el día estaba precioso y yo lo quise tomar con actitud. Sonreí, esa es la mejor manera de empezar el día y de levantarme el ánimo. El vestido rojo que había elegido también ayudaba, era increíble cómo el estilismo podía transmitir tanta seguridad. Y yo quería, a pesar de todo, intentar comerme el mundo. Al menos intentarlo una vez más antes de tener que darle la razón a mi padre. Así que sí, sería un día perfecto porque yo lo iba a conseguir. Comencé a caminar y joder, pisé una mierda. Mierda de perro...

Y ya todo se me vino abajo, empecé a maldecir y me daba igual que la gente me mirara malamente. Mierda de perro... Me había dejado el zapato hecho una pena. Intenté limpiarlo, pero nada, eso no se iba. Pues a la mierda también mis deseos de tener un gran día. Me monté en el metro y claro, ese zapato con mierda, la gente me huía y me miraba con asco. Zapatos que adoraba y estaban llenos de mierda de perro, ¿por qué tenía tan mala suerte? Qué asco de vida.

Llegué a la pastelería tarde, como siempre. Ya Sergio había abierto y estaba preparando café.

—Hola, preciosa.

—¿Preciosa? Una mierda —exclamé enfadada.

—¿Qué te pasa?

—Ni hables. Vengo yo de buen humor y joder, lo primero que hago es pisar una enorme mierda de perro.

—Pero si eso da buena suerte.

—¿Te ríes de mí?

—No, te juro que pisar una mierda da buena suerte.

No pude controlarme, es que no pude, ya lo había hecho demasiado. Me quité el zapato con la mierda pegada y lo hice volar hasta su cabeza, menos mal que el pobre esquivó el objeto.

—Pero ¿qué haces? ¿Quieres matarme?

Yo ya ni sabía qué decir. Me senté y me puse a llorar, no podía más. No era la mierda del perro que había pisado, es que era todo el cúmulo de cosas ya que me hicieron explotar. Y para colmo la pagué con mi mejor amigo

—¿Qué te pasa, preciosa?

—Lo siento. No sé qué hacer, esto no tiene arreglo, tendremos que cerrarlo.

—Has pisado una mierda, eso da buena suerte —dijo él con ternura.

—Déjalo ya, loca, no tengo ganas de bromas ni de nada, es serio.

—Entra al horno.

—¿Para qué? Ay, no, ¿qué pasó ahora? No me asustes.

—No pasó nada, solo ve, tienes una sorpresa.

Miedo me daba de la sorpresa, me levanté desganada, pero lo hice. Y casi me da algo cuando lo vi allí, a Paul. Sonriendo, sudando, sin camiseta y con ese delantal que menos mal tapaba lo que tanto me gustaba.

—Hola, Dani. Lo siento, yo...

—No, no, es mi culpa, soy yo la que tiene que disculparse.

—Sí, pero yo también tuve mucha culpa en lo que pasó, no lo hice bien— confesó tristemente.

—Olvidemos eso, estoy feliz de que estés aquí de nuevo.

—Sergio me convenció de que volviera.

—Ay, no sé qué haría sin él...

Paul siguió amasando y yo me quedé allí, mirando cómo lo hacía, ni caso hacía a que yo lo estuviera observando. Sergio no dejaba de reírse, yo lo oía desde allí. Entraron clientes, así que salí para atenderlos. Cuando ya no había nadie, volví a donde estaba Paul. Casi desnudo... Dios mío...

—Dani, sé que no está bien, pero es que me muero de calor— susurró acercándose a mí.

—No pasa nada. Me gusta verte así —me salió del alma, sin pensarlo,

natural.

Él se calló y me miró fijamente. Y yo hice lo más normal, me fui directamente al baño y no precisamente a llorar. Así que... parecía ser que pisar una mierda sí daba buena suerte.

CAPÍTULO 5

Vuelta a comenzar la semana y con ella mis miedos...

La otra semana acabó mejor de lo que me esperaba, Paul sabía llevar muy bien la pastelería y todo fue marchando de lujo, pero ya sabéis, comienzo de semana y acojone para mi cuerpo.

Verlo era terminar en el baño de mi casa, o en el de la pastelería, pero me ponía como una perra, cachonda perdida, para que os voy a engañar.

Me daba miedo llegar a la pastelería y que no estuviera, pero no podía ser, yo había dejado de ser la dictadora que era, ahora no podía tener esa excusa, me estaba convirtiendo en una colegiala babeando por todas las esquinas con el nuevo mulato que había aparecido en mi vida.

Tenía que poner mi mente en blanco, no podía seguir así, eso me estaba llevando a un situación insostenible, mi cabeza no daba a más y mi cuerpo estaba de forma que era difícil de frenar, había que terminarse ya y liberarme de esa situación que me estaba volviendo paranoica.

Estaba decidida, ese día todo cambiaría, trataría al mulato como uno más y me quitaría todas las estupideces de mí cabeza.

Todo eso se había convertido en una obsesión y eso ya no debería de ser así, Paul debía salir de mi mente y cuerpo.

Llegue a la pastelería sin incidentes, cosa extraña y preocupante, digna de cuarto milenio, estaba por mandar esa experiencia a Iker Jiménez, para que resolviera el enigma en su programa de paranormal.

—Buenos días, cariñito.

—Buenos días, Sergio. ¿Es lunes o es cosa mía?

—¿Vienes borracha? —bromeó al escuchar mi pregunta.

—Tus muelas... dime ¿Es lunes?

—¿Estás bien? Me estas preocupando... Sí, es lunes —se acercó a mí a tocarme la frente.

—Calla, es todo muy raro, hasta mi padre no me puso la fruta por la mañana. ¿Está pasando algo?

—¿Qué?

—Nada, cosas mías —fui a cambiarme de ropa.

Paul apareció por la puerta de atrás, me alegraba verlo y saber que no me

dejaba tirada, pero por otro lado ya mi cuerpo había vuelto a reaccionar, al final todo lo que me había propuesto se iba a ir a la mierda, su presencia ocasionaba demasiada fuerza en mí.

—Buenos días, preciosidad —saludó de forma alegre y piropeándome.

—Hola —la sonrisa que se me dibujo en la cara era un poema.

—¿Qué tal ese fin de semana?

—Bien —sonreí.

—¿Y cómo levantaste hoy?

—Bien...

—Ya...

Me puse a preparar pasteles, intentando pasar de Paul, pero era imposible, no podía conseguirlo, me ponía nerviosa, además Sergio me estaba sacando de quicio, no paraba de buscarme la lengua, ni siquiera tirándole masa a la cara se callaba, sabía que los nervios me estaban pudiendo, pero no había forma de que parase quieto, bromear sobre el asunto se había convertido en su lema favorito del día, el muy capullo sabía como hacer para sacarme de quicio.

—Dani, te gusta, ¿verdad?

—Haz el inventario y cállate la puta boca, por el bien de los dos...

—Ahora lo haré, pero respóndeme.

—Es guapo, pero no me gusta, no sé en qué idioma decírtelo ya.

—Estás en plan jefa, no hay forma de sacarte una sonrisa, no veas como llevas el día, desde luego que telita contigo.

—Si no te gusta ahí tienes la puerta...

—Vale, me callo, pero una última cosa...

—Venga, dime —dije bordemente.

—Ese chico desde que está aquí las ventas se han desbordado, hay que cuidarlo.

—Estoy de acuerdo contigo, es un gran profesional.

—Y tiene a las clientas locas, vienen a comprar los dulces por tramos horarios, para volver...

—Me estás buscando...

—Tía, es que se te nota mucho.

—¿El qué ,Sergio?

—Que te gusta.

—Lo que te pasa a ti es que estás celoso.

—Es un golpe bajo, Dani. Ahora ya no te voy a hablar.

—Has sido tú el que ha empezado.

En ese momento entró Amparo, para mi asombro, acompañada con dos amigas que me miraban con cara de asesinas, pensé que se iba a liar la guerra mundial, pero no...

Recordaba lo que había sucedido en su anterior visita, la pelea que nos echamos por culpa de mis celos, por culpa de que ella se pusiera a tontear con mi mulato.

—Hola, queremos doce hojaldres—dijo ella con tono despreciable

—Ahora mismo —dijo Sergio.

—No, que sea el mulato el que nos lo ponga, no queremos que seáis ustedes.

—El es el pastelero y nosotros los que atendemos al público —dijo Sergio.

—Venimos a hacer un gran pedido, tenemos una fiesta, o nos lo pone él o nos vamos a otra pastelería.

Llamé a Paul, la hubiera matado, pero no pensaba perder tan succulento pedido.

Cuando el mulato apareció, la cara de ellas era un poema, no podían ni gesticular, entre el asombro y los Botox, parecían muñecas hinchables.

Paul estaba cortado, pero las atendió correctamente, sabía que era importante atrapar ese pedido, yo me retiré dentro a seguir lo que él había dejado para atenderlas, escuchaba a las brujas riendo, bromeando con él y los nervios me comían por dentro.

Un rato después noté sus manos rodeándome, para mi sorpresa.

—Sigue —susurró flojito.

Mi respiración se aceleró al contacto de sus manos y cuerpo sobre el mío.

Estaba jugando conmigo, pero yo me dejaba llevar, sus manos rodeando mi cintura era algo que me ponía excitada y que deseaba con todas mis fuerzas, hacia el intento de bajarlas, pero luego las volvía a su punto de partida, mi cintura, me hubiera encantado girarme y besarlo, pero no lo iba a hacer, me negaba a dar el primer paso.

Me dolía mis partes de tanta excitación, el me indicaba que no paraba de amasar la masa, sus órdenes, eran un placer para mí.

Aguanté.

Me giré y lo aparté, si quería jugar, tenía que apuntar más alto, así que me fui a lavar las manos mientras veía su sonrisa y su erección, todo sea dicho.

—Quería ayudar mientras atendías —dije quitando importancia a su atrevimiento.

—Tranquila —hizo un guiño.

—Se me fue la cabeza, pero es a lo que estoy acostumbrado.

—¿A él qué?

—Que las mujeres me busquen y otras —me señaló —se pongan celosas.

—Oye, estas creído, por tu culpa por poco me denuncian —reproché.

—Perdona, no me expresé bien.

Su comentario me pareció de lo menos acertado.

—Paul, esos comentarios para mi sobran.

—No estoy diciendo ninguna mentira, me pasa a menudo.

—Esto no es un puticlub, es una pastelería y yo te pago ¿entiendes?

—Está bien. Pensé que podía hablar contigo sin censuras.

—¿Censuras? Estás de un subidito que da asco.

—No hace falta que me trates así, hablándome de esa manera.

—Te recuerdo que soy tu jefa.

—Sí, pero eso no te da el derecho a faltarme el respeto, que te quede claro.

—Háblame de usted... —¡¡Estoy harta de todo!! —chillé desmesuradamente.

—Pero ¿qué cojones te pasa?

—¡¡Todos sois iguales!!

—No te aguanto.

Como la anterior vez, se cambió de ropa y salió por la puerta, abandonando de nuevo el trabajo.

—¿Otra vez? —vino Sergio alucinando.

—Es un chulo...

—No vamos a encontrar a otro como ese chiquito...

—No pienso convertir esto en un babero de señoras salidas como esas tres perras.

—Con lo que me costó convencerlo para que volviera —puso las manos en su cabeza.

Salí corriendo a buscarlo, me había equivocado, pero ya no estaba, la había cagado bien, ya era tarde, algo me decía que esta vez no volvería a saber nada de él.

CAPÍTULO 6

La había vuelto a joder y ahora tocaba volver a casa. A ver cómo les explicaba a mis padres que iba a cerrar el negocio. Estaba hecha una mierda. En la miseria. Paul se había marchado y con toda la razón. Y yo no podía hacer más que hundirme en mi pena, en mi habitación o suicidarme, ya vería. Acabaría como una solterona, con cuarenta gatos. Toda la vida sola.

Así era de mierda mi vida, pero eso era lo que me esperaba desde ese momento. Llegué a casa, saludé y me fui a mi cama, no tenía ganas de nada, ni de comer, ni de quitarme la ropa, solo de hundirme en mi miseria.

Puse música y otra vez esas canciones románticas, si es que el Karma se divertía conmigo, seguro. Otra vez con las penas.

Tras un rato llorando porque con esas canciones no podía hacer otras cosas, me dispuse a machacarme a mí misma con la mala suerte que había tenido siempre con los hombres. Era guapa, tenía buen cuerpo, pero mi carácter siempre los espantaba a todos y eso era un problema.

Me acordé de un exnovio a quién saqué a patadas del coche mientras íbamos a pasar el finde en un motel. El tío ni me conocía y empezó a besarme, con lengua incluida mientras conducía. Frené y lo eché a patadas. No le ocurriría nada porque no apareció en las noticias y eso me dejó más tranquila, pero que era imbécil, lo era. Otro, ya puesta a recordar, le di una patada en los huevos cuando me di cuenta de que seguía hablando con su exnovia. La tía era más fea que un dolor de muelas, pero estaba podrida de dinero. Y hablando de eso, a mí nunca me había faltado. Mi padre había tenido varios coches y mi madre dormía durante el día con la tranquilidad de que en la cuenta no faltaban ceros. Y yo no entendía por qué. Es decir, ¿por qué nunca había problemas de dinero? Si mi madre no hacía ni el huevo, ¿cómo es que nunca le faltaba? Mi padre se portaba realmente bien en ese tema.

Cuando salí esa noche del negocio, después de pisar la mierda al intentar parar a Paul, cuando llegué a casa, mi madre volvió a preguntar por ropa mía. Ropa que hacía años que yo no usaba, me estaba mosqueando el tema ya. Y como no dormí, otra vez, de madrugada, volví a escuchar cómo se iba. Quise

seguirla, pero estaba demasiado cansada y sobre todo triste como para hacerlo.

La semana en el trabajo fue un auténtico desastre. La gente se enteró de que ya Paul no trabajaba allí y dejaron de venir. Y eso nos hacía hundirnos más aún. Y Sergio no dejaba de echármelo en cara.

—No me haces caso, por eso pasan estas cosas.

—Déjame ya, por favor.

—No, mírame. Míranos. Aquí, sin hacer nada. cuando mejor estaba todo, lo único que sabes hacer es echar a nuestro mejor empleado, el que estaba haciendo que ganásemos dinero.

—No quiero llorar, Sergio.

—No quiero que lo hagas. Pero ya está bien, tienes que controlarte. Ve a un psicólogo, no sé, tienen que ayudarte.

—También puedo mandarte un poco a la mierda sin que nadie me ayude.

Se hizo un silencio entre nosotros y volvimos al aburrimiento. Veíamos cómo la gente pasaba, pero nadie entraba. Era muy triste, las pastelerías siempre vendían, la gente era adicta al azúcar, pero no, nosotros sin nada. Y así durante toda la semana.

Una mierda, vaya.

Y sin Paul allí, sin nada que me sacara de ese abatimiento. Él era el único que le daba una chispa de alegría a ese lugar.

—¡¡Joder!!

—Pero ¿qué pasa? —pregunté tras el grito de Sergio.

—¿Qué pasa? Una mierda, eso pasa.

—No, las mierdas a mis zapatos... ¿Qué pasó?

—Estaba fregando y ¡me he roto una uña!

—Joder, ¿y eso es todo?

—¿Eso es todo? Eres un ser sin sentimientos, ¿verdad? La mujer de hielo eres.

Eso fue un jueves. Lo recuerdo. Viendo que nadie entraba, decidí cerrar temprano. Le di un beso a Sergio tras pagarle y nos despedimos. Él contento, yo abatida.

Aunque el negocio iba cada vez peor, siempre había dinero para pagar cosas y cobrar algo. No podía quejarme.

Volví a casa, saludé de nuevo y me metí en mi habitación. Me quedé mirando mi imagen en el espejo y suspiré. Estaba agotada y triste. Me tumbé en la cama, vestida y me quedé dormida. Ignoré la llamada de mis padres para cenar y me volví a dormir.

De madrugada volví a oír un ruido y abrí los ojos. Mi madre estaba delante del espejo, de mi espejo. Se había puesto un wonderbra mío y uno de mis tangas. En vez de decirle nada, me hice la dormida.

La verdad es que estaba bien para la edad que tenía. Se conservaba muy bien. Yo tenía el mismo cuerpo que ella. Era muy hermosa, esa era la verdad. Salió de mi cuarto y me levanté, me preparé y como sabía que iba a salir de nuevo, no dudé en seguirla. Ella bajó por el ascensor y yo por las escaleras. Un taxi la estaba esperando y, por suerte, pude parar a uno que pasaba. Le dije que siguiera al otro.

Cuando el taxi paró delante de un club de señoritas, a mí casi me da algo. Estaba alucinando. Con su abrigo que la cubría por completo, entró en el local. Esperé la cola y tiempo después también conseguí entrar. Eso después de aguantar al pesado portero, que no me dejaba en paz.

—¿Por qué sola, guapa?

—Porque quiero.

—Es la primera vez que te veo por aquí.

—Tal vez no sea la primera a partir de ahora —dije yo intentando sonar borde y chungo, y no sé si surtió efecto.

Pero al final logré entrar. La música estaba a todo volumen y la gente vestía con ropa ajustada. Los camareros atendían en patines. El ambiente era... ni palabras tengo para describirlo.

Un tío con un traje negro se acercó a mí.

—¿Quieres trabajar aquí?

—No, no, busco a alguien.

—Amor, aquí siempre se busca a alguien.

—Solo será un segundo, no me quedaré mucho. Quizás me equivoqué de sitio.

—Esta es mi tarjeta, tienes un cuerpazo, si quieres trabajar con nosotros, llámame.

Quise golpearlo, me estaba tocando la moral el gorila ese. No sé cómo no lo hice. Yo solo estaba buscado a mi madre, sabía que estaba por ahí. Había un grupo de jóvenes celebrando una despedida de soltero con una mujer que se movía con una flexibilidad increíble. Al principio ni me fijé, pero sabía que mi madre tenía que estar trabajando ahí. Aunque eso me provocaba una ansiedad horrible. Y casi me da un jodido infarto cuando centré mi mirada y descubrí que esa mujer era mi madre. Con mi tanga, con mi wonderbra, bailando para unos hombres y con más flexibilidad de la que yo tendría en toda mi vida. Había que

joderse.

La llenaban de billetes en el tanga e incluso mi madre golpeó a alguno que intentó tocarla.

Era para alucinar...

Pero no era lo único. Un hombre apareció a su lado para bailar con ella. Me resultaba familiar... Joder, era Paul. No me lo podía creer, mi Paul...bailando con mi señora madre, cogiéndola en brazos en plan danza.

Me iba a dar algo.

Me pellizqué, pero no, no estaba soñando. Todo eso era muy real. No sabía cómo no me había muerto del susto. Y para colmo, un gilipollas que pasa por mi lado me da un cachete en el culo. No pude evitarlo y me abalancé sobre él. Y no me pude controlar. Se lio gorda. Hasta que los gorilas me cogieron y me echaron del local.

Frustrada, me puse a gritar en la calle. Estaba que me iba a dar un infarto por todo aquello. Ya sabía qué hacía mi madre por las noches y por qué nunca faltaba el dinero en casa. y los coches y muchas cosas más. ¿Pero sabía mi padre sobre eso?

Y Paul... ¿quién era él realmente?

Me iba a volver loca, tenía que hablar de eso con mi madre. Y tenía que buscar a Paul, su futuro no era ese, joder. Lo suyo era la pastelería. Mi pastelería.

A mí el Karma me la estaba jugando y bien, tenía que estar descojonándose de mí porque no era normal lo que yo acababa de descubrir esa noche. Mi madre stripper, mi mulato también. Yo me quería morir en mi cama...

CAPÍTULO 7

Al día siguiente era un alma en pena, la había jodido, pero bien.

¿Qué me estaba pasando?

Ese día fui a trabajar en mi mini, hacia tiempo que no cogía el coche, pero me apetecía conducir, sin acordarme del puto Karma, ese que estaba ahí, ese que se burlaría de nuevo de mí.

Golpe y foco trasero reventado, sin añadir que debido a eso la policía me multó unos minutos después, por eso precisamente.

Estaba que trinaba...

Al llegar al trabajo lo primero que le pregunte a Sergio era por la dirección de Paul.

—¿Perdón? Al menos unos buenos días y vaya pelos me traes...

—Vete a la mierda, Sergio.

—Que mal humor...

—Que te vayas a la mierda, dame a la de ya la dirección.

—¿Qué dirección?

—¿Te estas burlando de mí? ¿No me escuchas?

—Me gusta ignorarte...

—Gracias por tu mierda de sinceridad...

—No tengo su dirección.

—Oh, por supuesto que la tienes...

—¿Para qué cojones la quieres?

—Voy a ir a hablar con él.

—¿Para que vuelva al trabajo? —preguntó emocionado.

—La verdad es que pienso hasta secuestrarlo si se opone.

—¡Bravo!

Me la dio y fui en taxi, iba de los nervios...

No tardó en abrir la puerta.

Le solté una hostia, sin más, sin pensarlo, lo primero que me salió.

—¿Pero qué coño haces? —gritó furioso —Estás loca perdida.

—Loca... No sabes hasta donde es capaz de llegar mi locura.

—¿De qué vas? —jaló de mi brazo y me empujó hacia dentro —Mira Daniela...

—Dani —dije sonriendo bordemente.

—Dani. Explícame que mierda te pasa.

— ¿Bada Bing no te suena? —dije directa a la yugular.

—Sí, mi otro trabajo y no tengo que avergonzarme.

—Vendes tu cuerpo, eres asqueroso...

—Hago Striptease y no me avergüenzo, tengo que pagar facturas y comer...

—Y por eso te dejas arrastrar por las babosas que van a la pastelería y por tu otro trabajo, por ejemplo ¡Mi madre!

—¿Pero qué madre?

—¡Te vi anoche, estabas bailando con mi madre!

Comenzó a reír descaradamente.

—¿Te estás riendo en mis narices?

—Sí...

—Eres un gilipollas —me giré para irme.

—No, escúchame ¿Qué hacía tu madre allí?

—A ti te lo voy a decir...

—Está bien y ¿Para qué has venido?

—Vine a pedirte que vuelvas al trabajo, a mi pastelería —dije avergonzada.

Paul me cogió la cara y me puso mirándolo.

—¿Para qué has venido?

—Ya te lo he dicho —se acercó un poco más.

—Si es por eso, la respuesta es no...

Me tiré hacia él, sin pensarlo, estrujándolo contra la pared, a la mierda todo, lo necesitaba pegado a mí.

Reaccionó rápido y comenzamos a darnos un morreo de películas, apretaba mis caderas hacia él, con fuerzas y deseo, apenas separábamos nuestras bocas para coger aire.

Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, me dieron ganas de salir corriendo.

—Tengo que irme....

—Tienes miedo...

—¿Perdón?

—¿Celos?

—¿¡Celos!?! ¡Estas flipado!

—Me gustas...

—Eres un prostituto...

—Estas loca —rio —hago striptease, solo eso y me gustas mucho...

—Eso le dirás a todas las que se te ponen delante.

—Esperas algo más de mí...

—No sea gilipollas y no sé ni porque estamos hablando.

—Vete.

La conversacion no tenía sentido.

—¿Por qué lo haces lo del otro trabajo?

—Solo es un trabajo, solo eso...

—Tienes la pastelería...

—Pero no sabemos trabajar juntos.

—Sí, eso es verdad, en eso tienes razón.

—Sí, actúas de forma cobarde.

Volví a intentarle abofetearlo.

—Eres cobarde, reconócelo...

—Suéltame —estaba con mucho dolor y rabia...

—Vas contra tu vida misma...

Me dieron ganas de llorar, pero no le iba a dar el placer.

—Eres un estúpido —escupí.

—Sí, lo soy. Y pensar que te quería dar una oportunidad...

—¿Pero qué dices?

—Sergio tuvo la valentía de llamarme y acepté volver...

—¿Cómo?

—Anoche te vi en el local, vi tu dolor, me dio un vuelvo el corazón y pensaba volver a tu vida.

—Tú nunca lo has estado.

—No... No quieres verlo.

—Eso no es cierto.

—Y has venido porque necesitabas acostarte conmigo...

—No soy así como me pintas —dije enfadado.

—Estás comiéndome con los ojos.

—No te lo crees ni tú.

Se quitó la camiseta.

—¿Qué haces? —pregunté enfadada.

Agarró mi mano e hizo que acariciara su pecho.

—Vamos a empezar de cero.

Y lo hicimos, soltamos la tensión, aquello era lo que necesitaba y me lo estaba dando, estaba quitando toda la rabia que había en mí y me estaba haciendo tocar el cielo con las manos, dentro de mí, jugando conmigo, estaba pasando y yo me estaba liberando de la presión que había dentro de mí.

Cuando terminamos, nos miramos a los ojos. Los suyos mostrando tanto. Los míos...

—No te arrepientas...

—Paul, no lo haré.

Me miró unos segundos más y salió de mí.

—Márchate —dijo muy serio —ahora ya tienes lo que buscabas, para mi a sido precioso, para ti espero que te enseñe que no se hacían las cosas como hacías.

Me fui directa a mi casa, con la tensión liberada, pero con el dolor de haber tenido un comportamiento tan feo hacia él.

CAPÍTULO 8

No fui a la pastelería los días después. Le dije a Sergio que hiciera lo que quisiera, me fiaba de él. Solo quería estar encerrada en mi habitación y con mi móvil. Mi madre venía a buscarme para comer y yo me sentía que iba a explotar.

Joder, tenía que hablar de eso también.

—Dani, sal, vamos a comer.

Y otra vez... Es que no se cansaba, qué pesadita era. Ya se me había revuelto el estómago. Mi madre siendo stripper, el mundo estaba loco y yo también.

Y volvió a llamar a mi puerta... Hasta que me enfadé y la abrí gritando un ¡¿qué?!

—Joder, vaya mala cara tienes, hija, pareces un zombi —dijo para darme los buenos días, ahí con la autoestima...

—¿Desde cuándo eres tan borde? Y ¿joder? ¿Has dicho joder? —gruñí.

—Dani, tenemos que hablar.

—Oh, claro que sí. Entra.

—No, en el comedor. Estamos solas y aquí huele horrible.

La miré malamente y la seguí. Mi padre no estaba en casa, entonces yo me iba a desahogar. Me senté a su lado en el sofá y fui directamente al grano.

—¿Qué mierda haces tú en un club de striptease?

Su cara era para fotografiarla.

—¿Pero cómo...? —los ojos abiertos de par en par.

—Estuve allí, te vi. Joder, ¿pero de qué va todo esto?

—Dani...

—Ni Daniela ni pollas, mamá, joder, que estás casada.

—¿Crees que engaño a mi marido?

—No... Qué va. Estás allí como hobby y él lo sabe, porque es lo más normal del mundo —no me dejó levantarme y me hizo sentarme de nuevo.

—No era de lo que quería hablar contigo, pero ya que lo sabes...

—Oh, sí, lo harás. Habla.

—Tu padre sí sabe que voy al club.

No me lo podía creer, eso sí que no me lo podía creer.

—Mamá, joder... ¿Qué dices?

—No es lo que imaginas. Ayudé a llenar el local llevando a algunas amigas.

—No entiendo nada...

—Es por Paul.

Joder, lo que me faltaba. ¿Pero qué le pasaba a la gente? Tenía que ser el aire, o el agua o algo que les jodiera la mente, porque normal no era. Y empecé a llorar, no pude controlarme, ¿qué tenía que ver Paul?

—¿Qué? —pregunté llorando.

—Estaba intentando ayudar a Paul.

—A Paul...

—Sí...

¿—Y por qué conoces a Paul? —porque el Karma se estaba riendo de mí de nuevo, por eso mismo.

—Tu padre y yo lo conocimos hace tiempo. Trabajaba en la cafetería donde íbamos a desayunar por las mañanas.

—¿La de la esquina?

—Sí. Y como cerró, no tenía trabajo... Lo ayudé con eso.

—De stripper, mamá...

—Sí. El que encontré.

—¿Tú me estás gastando una broma? ¿Es para una cámara oculta o algo? Porque no entiendo nada.

—Perdónalo, Daniela.

—¿Que perdone a quién? —no entendía nada.

—A Paul—eso lo dijo mi padre, que apareció de repente—. Tienes que perdonarlo, Daniela —y seguía erre que erre él también.

—Tu hija tiene que saber la verdad —dijo mi padre serio.

Me iba a quedar loca, lo prometo. Y a lo mejor ya lo estaba y no lo sabía. Y recapitulando....

Todo era una mierda. Mi vida también lo era. Y siempre me pasaban cosas mala, el Karma, la mierda del Karma. Y todo empezó ese día que se me rompió el tacón. Como tantas otras veces...

De ahí ese chico que me ayudó en mi pastelería, poniéndome cardíaca y hasta haciendo que me enamorara de él porque mi mente era una mente

calenturienta y él un moja bragas. La verdad era esa. Tenía un cuerpo hecho para el pecado.

Trabajó conmigo. Se fue. Después resulta que era un gigoló y mi madre también. Y ahora mi padre...

Es que no entendía nada, esa era la verdad.

—Creo que será mejor no decirle nada y que las cosas se queden así —dijo mi madre.

—No, tiene que saberlo porque se ha enamorado de él, ¿es que no lo ves? —mi padre estaba enfadado-. La has liado y yo también por ayudarte. Mi hija no me perdonará nunca esto y tiene razón porque nos hemos metido en su vida.

—Papá... ¿Qué pasa aquí?

—Tu madre... Se alió hace meses con Sergio para buscarte hombres.

Ya sabía que yo no era la loca en esa familia, y por Dios, tenía que estar soñando.

—¿Qué?

—Todos, todos los hombres que conociste estos meses ... Son de una página de contactos que tu madre gestionaba para que encontraras el amor.

—Eso no puede ser —negué con la cabeza.

—Yo me enteré tarde, con Paul... Me prometió que sería la última vez.

—Pero la ayudaste —lo acusé.

Mi madre estaba calada, no era capaz de mirarme a la cara.

—Él solo iba a ayudarte en la pastelería, no fue ningún plan. Pero el pobre nos contó cuando se fue y nos dijo que estaba sintiendo cosas por ti y que no podía seguir así —explicó mi padre-. Eso fue después de que estuviste en su casa y está mal, hija, está roto de dolor.

—Os reís de mí, ¿verdad?

—No —dijeron los dos.

Yo no podía decir nada porque no entendía nada. me levanté y me fui a mi habitación con la cabeza que me iba a estallar. Cerré la puerta con un golpe y me tumbé en la cama. Solo quería llorar.

Y dormir. Y quizás, cuando me levantara, vería que todo había sido solo una pesadilla, cruel, pero una pesadilla, al fin y al cabo, las pesadillas tenían que ser así. Porque otro sentido no tenía la situación. Era una broma, un mal sueño... Algo, pero real no era.

Sí, exactamente, una pesadilla.

Me desperté y la pesadilla o el sueño seguían porque ¿qué hacía Paul sentado en mi cama? Grité como una loca, me levanté y lo golpeé con la almohada. La

lámpara cayó al suelo. ¡A la mierda!

—¿Qué haces, estás loca? Relájate... —intentaba calmarme, pero me estaba poniendo peor.

—¿Quién eres?

—Paul.

—Joder, Paul. ¿Cómo has entrado? Joder. No me harás daño, ¿verdad? ¡Que alguien me ayude!

Chillé con fuerza, pero él saltó y consiguió agarrarme hasta hacerme caer en la cama y, tras forcejear, se sentó sobre mis caderas, agarró mis manos con una de las suyas y con la otra me tapó la boca.

—Quitaré la mano lentamente. Como chilles, te tapo la boca, ¿me entiendes?

Dije que sí con la cabeza, estaba asustada. La quitó y me quedé esperando a que dijera algo.

—Tus padres saben vine. Tenemos que hablar, Dani. Ya sé que te contaron algo.

—No quiero hablar contigo. Te acostaste conmigo por... Joder —no podía ni terminar.

— ¡No! No es lo que estás pensando —exclamó horrorizado.

—¿Entonces qué pasa aquí?

—Ellos me quieren y quisieron ayudarme a buscar trabajo. Pero el de gigoló fue el único que encontré. Era mi primer día y también comencé en tu pastelería. Por eso ella me mandó allí, necesitabas personal.

—Pero lo que dijiste de tu familia, su negocio...

—Es verdad, todo es verdad. Y tu madre también me ofreció que... intentara tener algo contigo, pero le dije que no. Ese era su plan, sí, pero no lo sabía, Dani.

—Todo fue una mentira.

—No, lo nuestro fue verdad, Dani. Solo no te conté todo. Y sabía cosas de ti de antes, pero nada más.

—Me engañasteis. Todos me hicisteis —me puse a llorar.

—Estoy enamorado de ti y esa es la única verdad.

No, no podía creerlo. Era mentira, se estaba quedando conmigo o nada era real.

—Vete de aquí—dije enfadada.

—No —negó.

—Tengo que pensar, Paul, vete.

—No, porque te convertirás de nuevo en la mujer de hielo para protegerte, como haces siempre. Igual que aún no eres capaz de reconocer que estás

enamorada de mí. Aunque tu madre liara todo... Te enamoraste y no lo reconoces.

—No, yo no estoy enamorada de ti.

—Deja de mentirme, Dani. No sirve de nada, reconócelo de una vez.

—Contigo solo fue sexo, nada más. Y esa es mi verdad —dije para herirlo.

Y lo herí, lo vi en su cara. El dolor por lo que le había dicho, pero me daba igual. Él me había engañado, ¿por qué iba a sentirme yo mal?

Se levantó y se fue sin decirme nada. Con la cara triste. Pues que le dieran.

Pero empecé a llorar. Sin poder controlarme. Nada era una pesadilla, todo era real y eso me dolía.

Y estaba enfadada con él, con mis padres y con el mundo entero. Ella no tenía que haberme buscado citas, ella no tenía que meterse en mi vida. Era mi jodido problema.

¿No lo entendía?

Eso solo hacía daño porque el amor no se podía forzar. Tenía que nacer y crecer por sí solo.

Y yo ahora estaba enamorada de él, no podía negármelo a mí misma. Y él era una mentira.

Odiaba a todo y a todos y no, no iba a perdonarlo.

Me había engañado y eso no lo perdonaría en la vida.

Capítulo 9

Estaba jodida, me iba de mi casa por la mañana y volvía por la tarde, no aguantaba nada, apenas hablaba con mis padres y esa situación me estaba pensando, pero echaba mucho de menos a Paul, lo recordaba por todos los rincones.

Al ser lunes, el karma aparecería así que lo repartiría e iría a joder al mulato...

Mi mini me esperaba, así que me fui en él hacia su casa y toqué el timbre.

—Hola, pasa —dijo al verme.

—¿Eres un poco bruta no?

—¿Yo? ¿Bruta? Soy un amor...

—Estás fatal —dijo metiéndome hacia dentro. ¿A qué vienes?

—A joderte...

—A perfecto —negó con la cabeza

—Así es...

—Pensé que habías pensado un poco todo y recapacitado.

—Pues vine a decirte lo que me faltó, me quede corta...

—¡Tú estás loca, no tienes remedio!

—No me toques mis partes...

—¿Yo? Eres tú la que has tenido el atrevimiento de volver aquí.

—Hombre, un detalle por mi parte, mejor aquí que liártela en la calle.

—¡Ya está bien! Admite que sientes por mi algo que te hace actuar así
¡Libérate!

—Eres un poco gilipollas.

Me tapo la boca con un beso.

—Paul...

—Ni se te ocurra hablar...

Volvió a mis labios a esos que a besos quería callar.

—Te amo, te quiero, te deseo, eres una grandísima mujer que pierdes los papeles por no admitir las cosas y eso te hace ser borde.

—¿Yo borde? —solté una carcajada.

—Me encantas —dijo negando con la cabeza.

—Pero Paul...

—No hay peros, te voy a enseñar lo bella que es la vida.

—¿Tú crees que no tengo ojos?

—¡Vamos!

—¿Adónde vamos mulato?

—A ver el mundo...

—¿¿¿Que nos vamos de viaje y yo sin hacer las maletas???

—Viaje la colleja que t daré como no te calles...

—¡No quiero callarme!

En plena calle me abrazó y comenzó a besarme.

—Cada vez que abras el pico te lo cierro así...

¿¿¿—Pero Dónde vamos???

Lo volvió a hacer, volvió a besarme...

—Espero que ahora lo hayas entendido.

—¡Vale, ya me quedo calladita!

—¡Menos mal que lo entiendes! —me hizo un guiño.

Nos montamos en su coche y salimos de la ciudad, a las afueras, a la sierra, la primera parada fue en un mirador para ver las vistas, allí estuvo besándome y dándome muestras de cariño, dejándome ver la belleza que teníamos frente a nosotros, la naturaleza en estado puro.

—¿Qué te parece?

—Me siento una enana...

—¿En serio?

—Sí —cerré los ojos para disfrutar del momento, a pesar de la belleza que tenía frente a mí.

—Así me sentía yo ante ti y te amaba en silencio...

Ahí lo entendí todo, mi comportamiento y lo que le había hecho sentir, por eso me había llevado a enseñarme la vida, aquello era eso, hacerme sentir en su lugar.

Lloré, lloré y saqué todo dentro de mí, pero ahora tenía otra forma de ver la vida.

Epílogo

Un año más tarde.

Me quedé embobada mirando a Paul, atendía a la clientela siempre sonriendo, pero con camiseta y delantal, claro.

Desde que decidimos darnos una oportunidad, estábamos siempre juntos. Vivíamos en su casa, ahora era de los dos.

Cuando decidí darle una oportunidad al amor y pude decir claramente que estaba enamorada de él, desde ese día mi vida cambió por completo. Menos mal que aparecí en su casa, no me perdonaría hacer perdido la felicidad.

Desde ahí somos inseparables. Unos días estuvimos callados, teniéndolo en secreto, sin decir nada porque tenía que darles una lección a mis queridos padres. Pero al final notaron que algo pasó y cuando se enteraron de que estábamos juntos, me abrazaron deseándonos toda la felicidad del mundo.

Y éramos felices, más que felices.

No fue fácil, pero lo conseguimos.

Y ahora éramos compañeros de trabajo también y el negocio funcionaba muy bien.

Seguí mirándolo, embobada.

Lo amaba como nunca había amado a nadie y cada día lo quería más. Él era mi vida y sabía que yo era la suya. Sin él me moriría.

Estábamos como los primeros días, siempre juntos, obsesionados el uno con el otro, sin despegarnos para nada y no me agobiaba, al contrario, lo necesitaba.

Suspiré y entré a preparar unos dulces, ya seguiría mirándolo luego. Así que me preparé y me puse a amasar. Y noté algo raro dentro de la masa. ¿Un sobre? Me limpié como pude y lo abrí. ¿Una carta? Comencé a leer.

“Estarás extrañada por encontrarte esto aquí y estás maldiciendo, como siempre, pero lee la carta entera y ya después me matas si quieres.

Me negué al juego de tu madre, pero cuando te vi, supe que la había cagado, estaba jodido, aceptar trabajar contigo ya me jodería la vida porque me iba a enamorar de ti.

Algo me lo decía.

Tenía que haber huido, pero quedé.

Como ya te expliqué, aunque los desastres fueron cosa de tu Karma, tuve mucho que ver en todo eso, te seguía. Porque ya estaba hechizado, mi amor. Pero eso es cosa del pasado y ahora podemos dejarlo atrás, sobre todo lo malo.

Te preguntarás por qué esta carta.

Es la única forma que encontré para decirte varias cosas, mi amor.

Cada día me enamoro más y más de ti. Cada día eres más importante en mi vida, si es que eso es posible. Eres mi primer y mi único amor. Eres el amor de mi vida. No importa cómo lo diga, lo eres todo para mí.

No puedo decirte mucho más. Este sobre tiene algo dentro, búscalo antes de leer lo que sigue aquí.”

Busqué en el sobre y casi me desmayo al ver el anillo que tenía dentro. Era hermoso, era más que perfecto, con un zafiro, mi piedra favorita. En forma de pastel.

Y no pude evitar reír, no podía parar, pero seguí leyendo.

“Gustarte, te gusta, porque original es.

Nada entre nosotros ha sido normal, ni lo es ahora mismo, así que el anillo con el que te voy a hacer la pregunta más importante de nuestra vida, tampoco podía serlo.

Aunque la pregunta sí sea típica... Mi amor, ¿quieres casarte conmigo?

Y ahora mírame y dime que sí, por favor.”

Miré atrás y ahí estaba él, detrás de mí. Seguí llorando sin control y Sali corriendo, a abrazarlo y besarlo. A decirle cuánto lo quería, cuánto lo amaba, tanto o más de lo que él lo hacía conmigo.

Tenía razón, nuestra historia no era normal ni tampoco lo era el amor que nos teníamos. Pero era nuestra y nada podría ser mejor que eso.

Era especial.

Lo doraba y, sin podérmelo creer, tuve que agradecerle al Karma y a mi madre que todo eso estuviera pasando.

Para una vez que ser metiche le funcionaba...

En fin... Ese día solo era el inicio de algo mucho más fuerte, porque se convertiría en mi esposo y yo sería la mujer más feliz del mundo.

Nos besamos, celebrando nuestra felicidad.

Salimos pronto de la pastelería. Íbamos agarrados de la mano, felices y...

Joder...

¿Pisé una mierda?

Eso era el Karma, el jodido Karma de nuevo.

Me quedé quieta, sin poder reaccionar mientras mi chico reía sin control. Yo no podía reírme, es que no sabía cómo actuar.

—¿Tantas ganas tienes de reírte?

—Vamos, mi amor, si es que tiene gracia.

—Espero que te rías igual cuando sepas...

—¿Cuándo sepa qué...? —se le cortó la risa rápidamente.

No se lo había contado, tenía la sorpresa preparada en casa para decirle que iba a ser padre.

—Nada...

—Ah, no, amor, ahora me dices —ya estaba nervioso.

—No, ahora sigue riendo —dije seria.

Me estaba pasando, pero me divertiría un rato.

Y así llegamos a casa, dispuesta a acabar con la broma y a hacerlo el hombre más feliz del mundo.

Y gracias al Karma, llegamos bien. E hicimos el amor para celebrarlo aún mejor.